

me mirarte de cerca. Qué curvatura tan suave! qué arcos tan pulidos! qué superficie tan tersa! En este momento, mis labios tienden, más que á tu boca de fresa, á tu frente de mosqueta. Permite que el beso que ya impaciente retoza, engañe una vez más á tu boca.

ISMENIA

(*palpitante, presentando su cabeza*).

Engáñala.

EL BESO

(*saltando apasionado—cayendo vibrante*).

‘Soy de amor!

GUILLERMO.

Cuántos, como éste, te dí aquella noche! Creo que las lujosas enramadas del Paraíso no los oyeron tan suaves, tan lentos, tan ruidosos! Llovían sobre tus manos, sobre tus ojos, sobre tu cuello. . . . ah! y por fin sobre tus labios! Tú lo sabes: cuando conocieron tu boca, húmeda y tibia, anidaron en ella. . . .

ISMENIA (*soñando*).

Qué noche aquella!

GUILLERMO.

Entraban á la sala, tanizados por la red de las cortinas, los últimos destellos de un ocaso purpurino. Tú con las pupilas bañadas de luz crepuscular, melancólica y suave, tocabas en el piano. Qué dulce armonía! Palpitaban las teclas de marfil como las alas blancas de sollozantes palomas. El piano tenía una alma, una alma que se quejaba! La última nota fué un sollozo virginal. . . . —“Cómo se llama la danza?”—te pregunté, y tú, con los ojos arrasados de lágrimas,—“Volar al Cielo,”—me dijiste suspirando. Nuestros pensamientos se encontraron, se incendió mi mirada en tu mirada, con trémula voz te dije mis amores, y tú quisiste hablar. . . .

ISMENIA (*exaltada*).

Sigue, sigue, Guillermo mío. . . .

GUILLERMO.

Harmonía misteriosa la armonía de esa danza! A medida que del piano la hacían brotar tus dedos ágiles, en mi alma brotaba una música vaga, de recuerdos, de tristezas, de imposibles ideales, de esperanzas divinas. . . . Qué tiene esa música que así me conmueve? por qué se evaporan mis pensamientos al oírla? por qué el corazón se me salta al impulso de extraños deseos? Siento un desvanecimiento sublime como el que me dejan tus caricias; siento que mi sér entero se aletarga como cuando el sueño me invade, cansado de amor, sobre tus senos. Y me parece que durmiendo va á sorprenderme la muerte. Qué más quisiera! Morir en la plenitud de los amores, cuando los nardos del tálamo exhalan su esencia toda. . . . Que la muerte me sorprenda en el apo-

geo de la sagrada bacanal; que no vea marchitarse una por una las flores trenzadas de tu corona de himeneo; que no mire hastiada de placer á mi lesbiana. Quiero rodar, al son de la música, bajo la brillante mesa! quiero que un beso se lleve mi vida!. . . . Lloras? Oh! no amargues con lo más amargo el brebaje de amor. Nada temas: la muerte es un ángel blanco!. . . .

ISMENIA.

Lloro, Guillermo, porque mi alegría es inmensa. Tus palabras me explican este deseo confuso que se agita en mi corazón. . . . morir amando, qué gloria de delicias! Te daré el placer completo de mi cuerpo y el placer completo de mi alma. Un beso inmortal! El último, el más sonoro, el que más que me, el que más funda! Tiene veneno la danza, sí; veneno dulcísimo que se filtra por los poros y adormece. . . .

GUILLERMO.

Bendita seas! Gracias, gracias! Desde que oí esa armonía, pienso que la muerte tiene desconocidos y arrebatadores encantos; excita las pasiones, y al acercarse el último instante, deben tener los besos todo el frenesí de una divina angustia! Y si tenemos de morir, por qué no ha de sernos dado escoger la mejor muerte? Y por qué, amantes del placer, no hemos de refinar el último placer? Hoy hace un año: todavía dura el plenilunio de nuestro amor! Ay! pero pronto—así es la vida—irá amenguándose el luciente disco en el cielo venturoso. . . . No espere-mos á que desaparezca el último contorno. . . . Solemne noche! recoge en tu misterio el misterio de una pasión! Adios, esperanzas del mundo! Mira esta copa, Ismenia mía: el cincel de hábil artista esculpió en ella una ronda de vírgenes y efebos en el pórtico de un templo de mármol. Bebe: la embriaguez de este licor es eterna. Ahora yo. . . . (*Pausa*). Como en mágico panorama, veo las calles de mi pueblo y sus jardines y sus torres, y allá á lo lejos, la ventana enrejada donde, vacilante, deposité la primera carta de ternuras para una niña de castos ojos; veo también un salón iluminado y entre las parejas á una mujer. . . . Pero qué tienes? por qué te estre-meces? . . .

ISMENIA.

Ay! porque me veo, niña, subiendo las gradas del altar, entre otras niñas, con mi vestido blanco y mi corona de flores. . . . Pienso también en un paseo de mis quince años, por el lago. . . .

GUILLERMO.

Desecha esos recuerdos; vivamos un instante que valga mil existencias. En mis brazos, Ismenia! El mundo no gira tan rápido como rápido olvida. Así estás bien, con tu cabeza sobre mi hombro. Qué hermosa eres, amada: como venda de grana tus labios, y tu hablar dulce. Venid á mí, recuerdos luminosos!